



EL PENSAMIENTO
DE SARAMAGO

Ser humano, Dios y Sociedad

Asunción Muñoz

EL PENSAMIENTO
DE SARAMAGO

Ser humano, Dios y Sociedad



Primera edición: julio de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Asunción Muñoz

ISBN: 978-84-18366-20-8

ISBN digital: 978-84-18366-21-5

Depósito legal: M-13583-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi hija Begoña, a mis hijos
Enrique y Miguel Ángel.*

*A mis nietas Carmen, Irene,
Helena y Sol, que harán que
nuestro futuro sea mejor.*

Introducción

Pronto se cumplirán diez años de la muerte de José Saramago. Fue el 18 de junio de 2010, al volver a casa después de dar mi última clase de Filosofía en el Instituto Cervantes de Madrid, cuando oí en la radio esa triste noticia, muy triste para mí, admiradora de este gran hombre, cuya ideología compartía desde muy joven sin saberlo.

Había leído ya algunas de sus novelas, pero fue esta «coincidencia»: mi última clase por jubilación y su muerte, prácticamente a la misma hora en que abandonaba el aula después de treinta y cinco años de docencia, lo que me impulsó a estudiar —no ya a leer sin más— su obra analizando su pensamiento.

Sobre su valía como escritor poco puedo yo añadir. Para mí lo más interesante fue ir descubriendo su personalidad sensible y profundamente ética, cosa tan escasa en la sociedad de nuestros días.

A partir del momento de su muerte y probablemente impulsada por esa coincidencia, comencé a estudiar una a una todas sus novelas, buscando en ellas no tanto el argumento, por otra parte siempre original, como la filosofía

que rezumaba constantemente de sus páginas. Ello me apasionó de tal forma que pasé varios años tomando notas y analizando exhaustivamente cada una de sus obras.

Me interesaba conocer qué pensaba Saramago de los hombres y de las mujeres, cuál era su idea de Dios y, sobre todo, de esta sociedad en que vivimos y hacia dónde se dirige. ¡Cuánto me gustaría poder conocer su opinión sobre la evolución que se ha producido en estos diez años últimos! Si aún viviera comprobaría cuán acertados eran sus análisis de entonces.

Emprendí así una labor costosa pero apasionante: entresacar su pensamiento, sin dejarme llevar en lo posible por su magnífica literatura, algo semejante a lo que había hecho durante tantos años de docencia y estudio con los grandes filósofos. Y ello porque Saramago era, sin duda para mí, un filósofo.

En este sentido, es curioso que él dijera que escribía novelas porque no sabía escribir ensayos y es sabido que sus novelas tienen mucho de ensayo, puesto que están repletas de ideología, de la mejor ideología.

Pequeña nota biográfica

José Saramago es un autor de publicación tardía. Las circunstancias de su vida no favorecieron una dedicación completa a la escritura hasta la madurez.

Nació en Azinhaga (Ribatejo) en 1922, de una familia rural de escasísimos recursos que, siendo él muy pequeño, se traslada a Lisboa, donde el padre trabajará de policía. Pasan años duros, de apuros económicos, teniendo que vivir en compañía durante muchos años.

En el año 1934 José se verá obligado a abandonar los estudios en el Liceo Gil Vicente para pasar a la Escuela Industrial Afonso Domingues, donde se hará Cerrajero Mecánico. Empieza a trabajar en los talleres de los Servicios Industriales del Hospital de San José, después será jefe de servicios de la Caja de Ayuda de Familia del Personal de la Industria de la Cerámica y Auxiliar en los Servicios Administrativos de los Hospitales Civiles de Lisboa. Desde los diecisiete años pasaba todo el tiempo posible en la Biblioteca Municipal del Palacio de las Galveias leyendo, como él mismo dirá muchos años después, todo lo que le venía a las manos.

En el año 47 publica *Terra do pecado*, tras admitir que el editor cambiara el nombre de *La viuda* que él había dado a la novela, por considerarlo más comercial. En el 49 escribe *Claraboia*, novela que quedó olvidada en los archivos de la editorial y que apareció cuarenta años después. Saramago no quiso por ello que se publicara mientras él viviera. Solo después de morir la novela vio la luz.

Por problemas políticos, ya que había apoyado al candidato de la oposición en la campaña electoral para Presidente de la República, tuvo que dejar el empleo. Consiguió entrar en la Compañía Previdente de las industrias metalomecánicas, gracias a la ayuda de un antiguo profesor de la Escuela Industrial y en 1950 pasó a formar parte de los Estudios Cor como responsable de la producción.

Trabjará como traductor hasta el año 1981. La cantidad y variedad de las obras traducidas por Saramago en estos años es impresionante.

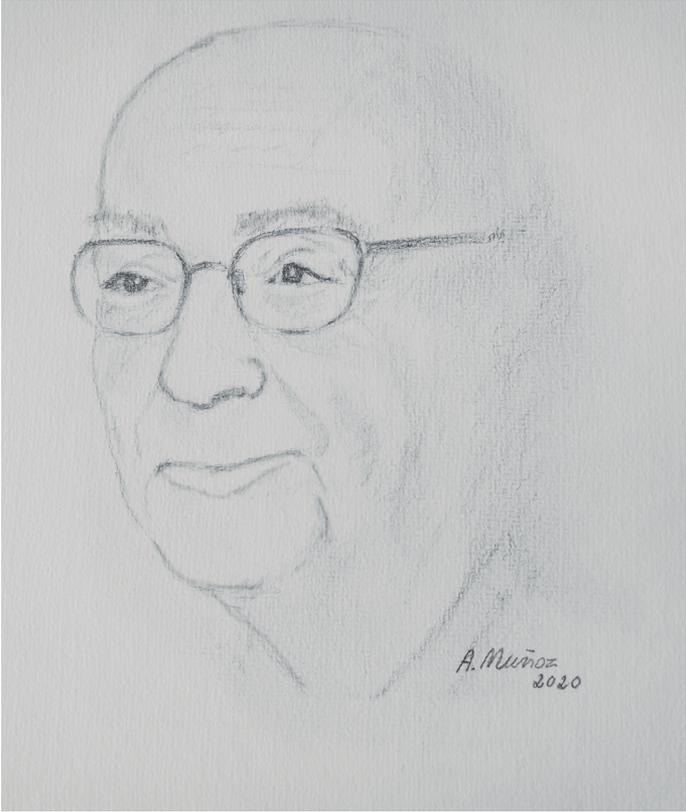
Pasarán años de trabajo silencioso colaborando como crítico literario en la revista Seara Nova, escribiendo crónicas en el diario A Capital, en Jornal do Fundão y Diario de Lisboa y colaborando en la revista Arquitectura.

Tras la revolución del 25 de abril, colabora como Asesor del Ministerio de Comunicación Social. En 1975 es ya Director Adjunto de Diario de Noticias. Se queda sin empleo el 25 de noviembre debido al golpe político-militar que frenó el proceso revolucionario y es cuando decide dedicarse exclusivamente a escribir.

A partir de esta importante decisión comienza su carrera como escritor. En 1980 publica *Alzado del suelo*,

novela en la que aparece por primera vez el estilo saramaguiano y en el 82 publica *Memorial del convento*. Lo demás ya es historia.

Saramago, decía yo al comienzo, es un autor de publicación tardía. Esto que podría parecer negativo es, sin embargo, lo que explica que haya en sus obras un gran contenido filosófico, pues la profundidad de pensamiento requiere, en general, una mayor elaboración, confirmando así lo que Camus pensaba cuando decía que los grandes novelistas son novelistas filosóficos. En efecto, las novelas de Saramago son el vehículo para hacer llegar al lector una filosofía de la vida y, en especial, como voy a exponer a continuación, del hombre y la sociedad en que vivimos.



Una personalidad extraordinaria: solidaridad y sensibilidad

Desde muy niño se manifestaba en él una gran sensibilidad. En las pequeñas memorias encontramos al niño que en su contacto con la naturaleza se ve sorprendido por fenómenos que para otros habrían pasado desapercibidos. Sirva como ejemplo el impacto que le produjo la blancura repentina de las hojas de un haya volteadas por el viento.

«Una luna llena, menos resplandeciente que la otra, lo iluminaba todo alrededor. Antes del lugar en que tenía que abandonar la carretera para cortar campo a través, el camino estrecho por donde iba pareció terminar de repente, esconderse detrás de una cerca alta, y me mostró, como impidiéndome el paso, un árbol aislado, alto, oscurísimo en el primer momento contra la transparencia nocturna del cielo. De súbito, sopló una brisa rápida. Zarrandeó los tallos tiernos de las hierbas, hizo estremecer las navajas verdes de los cañaverales y ondular las aguas pardas de un charco. Como una onda, soalzó las ramas

extendidas del árbol, le subió por los troncos murmurando, y entonces, de golpe, las hojas volvieron hacia la luna la cara escondida y el haya entera (era un haya) se cubrió de blanco hasta la rama más alta. Fue un instante, nada más que un instante, pero su recuerdo dura lo que mi vida tenga que durar» (1).

En el mismo tono, el recuerdo de la albura incomparable de la luna resplandeciente.

Cosas de adulto que creen saberlo todo. A este adolescente, por ejemplo, nadie le preguntó cómo se sentía de humor y qué interesantes vibraciones le estaba registrando el sismógrafo del alma cuando, todavía noche, en una madrugada inolvidable, al salir de la caballeriza donde entre caballos había dormido, fue tocado en la frente, en la cara, en todo el cuerpo, y en algo más allá del cuerpo, por la albura de la más resplandeciente de las lunas que alguna vez ojos humanos hayan visto (2).

Son cosas que, siendo aún un niño, ya presagiaban el desarrollo de un espíritu especial.

Muy interesante en este aspecto es la obra poética de Saramago, que merece por sí sola un estudio aparte y que emprenderé en otro momento.

La sensibilidad y solidaridad de la que hablamos se manifiesta también de forma muy temprana, en su empatía hacia los demás, sobre todo hacia los que sufren. Muestra de ello es la ayuda que presta a un compañero enfermo, al que hace compañía, alegrándole con sus bromas, para ayudarle a comer.

No es mi pretensión en este momento hacer una biografía de Saramago, por lo que no ahondaré más en el análisis de su infancia, ni de su juventud. Intento únicamente dar unos toques que nos permitan situarnos en la personalidad del autor, para poder entender mejor las ideas que nos llegan a través de sus novelas.

Como se verá más adelante, hay en el pensamiento de Saramago una posición claramente kantiana. Conviven en él la reflexión escéptica y realista con lo que yo llamo la *no resignación esperanzada*. Se trata de actuar *como si* se pudieran cambiar las cosas, aún sabiendo que ello quizá no sea nunca posible.

Es verdad que siempre será una incógnita lo que cada autor pone de su propio pensamiento en los personajes de sus novelas. De ahí que más bien haya que deducirlo de la acción personal del escritor. Pero en el caso de Saramago, su actividad en todos los frentes que se le fueron posibilitando a lo largo de su larga vida y, en especial, en los últimos años, no deja lugar a dudas de que su peregrinar, su lucha por hacer llegar a la gente sus ideas sobre el mundo, la justicia y la dignidad del hombre, confirman todo aquello que fue exponiendo a través de las declaraciones y acciones de los personajes de sus novelas. Mucho más claro podemos verlo en las intervenciones del narrador, el sentido común, el espíritu que pairaba sobre las aguas, y hasta el techo con el que habla el protagonista de *Todos los nombres*. Siempre encuentra Saramago el modo de hacer hablar a los protagonistas con él mismo.

La llamada a la acción y al compromiso del escritor, así como a la realización de los ideales, la coherencia de pensamiento en su enfrentamiento con las religiones, la lucha por la justicia y la dignidad del ser humano están presentes, como veremos, a lo largo de toda su vida y manifiestas en todas sus obras.

Acertadísimas me parecen las palabras de Andrés Sorrel cuando en su obra *Saramago. Una mirada triste y lúcida*, dice: «Algunos, muchos, no quieren ver la mirada de Saramago, porque es una mirada lúcida y penetrante, éticamente irreprochable» (3).

Es evidente, como no podría ser de otra manera, que el concepto de hombre en el pensamiento saramaguiano va ligado inseparablemente a su visión de la historia y de la sociedad actual, aunque alcance, a veces, dimensiones metafísicas.